

Escritores clave de la literatura: desde el Trecento a la contemporaneidad

Cuaderno de prácticas

*

Tema 1
La Baja Edad Media europea

Grado en Historia del Arte
1º curso
Profesor Juan García Única

Texto I

Los cuatro sentidos de la escritura

Convivio II, 1

Como ya se explicó en el primer capítulo, la exposición será necesariamente literal y alegórica, para entender lo cual debe tenerse presente que las obras escritas se pueden interpretar y se deben explicar principalmente en cuatro sentidos.

El primero se llama literal, y es el que [.....]

El segundo se llama alegórico, y es el que se oculta bajo el manto de las fábulas, como una verdad escondida bajo una hermosa patraña, de igual modo que, cuando Ovidio dice que Orfeo amansaba las fieras con la cítara y atraía a él los árboles y las piedras, quiere decir que el hombre sensato, con el instrumento de su voz, ablanda y humilla los corazones crueles y somete a su voluntad a aquellos cuya vida carece de ciencia y arte, pues los que no tienen vida racional alguna son casi como piedras. El motivo por el cual los sabios idearon esta ocultación es algo que expondrá en el último tratado. Ciertamente es que los teólogos hacen uso de este sentido de una forma diferente a los poetas, pero como mi intención en este caso es seguir la manera de los poetas, adoptaré el sentido alegórico según la costumbre de éstos.

El tercer sentido se llama moral, y es el que los lectores deben tratar de encontrar en las obras escritas, para beneficio propio y de sus discentes, como puede hacerse en el Evangelio con el episodio en el que Cristo subió al monte para

NOTAS:

transfigurarse llevando consigo sólo a tres de los doce apóstoles, donde moralmente se puede interpretar que, ante la presencia de las cosas más secretas, debemos acudir con poca compañía.

El cuarto sentido se llama anagógico –o lo que es lo mismo, un sobresentido–, y se da cuando una obra escrita es explicada según su significado espiritual: es decir, al margen de que dicho texto sea cierto incluso en sentido literal, remito, por lo que dice, a la gloria eterna de las cosas supremas, como puede verse, por ejemplo, en el canto del Profeta, donde dice que, cuando el pueblo de Israel huyó de Egipto, Judea se hizo santa y libre: aunque es evidente que ello es literalmente cierto, no es menos cierto lo que se interpreta espiritualmente, es decir, que cuando el alma huye del pecado, se hace santa y de libre voluntad.

Para desplegar este último sentido, siempre lo debe preceder el literal, en tanto que es el sentido cuyo contenido incluye a los demás, y sin el cual sería imposible e irracional entenderlos, en especial el alegórico: es imposible porque en todo lo que consta de una parte exterior y de otra interior, es imposible ir adentro sin antes pasar por la parte de fuera, por lo que, dado que en las obras escritas la lectura literal es siempre lo de fuera, es imposible alcanzar los restantes sentidos, en especial el alegórico, sin pasar antes por el literal.

Dante Alighieri, *Convivio* (Fernando Molina Castillo, ed.),
Madrid, Cátedra, 2005, págs. 203-206.

NOTAS:

Texto II

El nombre de Beatriz

Vita nuova, IV-VI

IV. Desde esta visión en adelante mi espíritu natural comenzó a ser estorbado en sus acciones, ya que el alma estaba totalmente ocupada en pensar en esta dama tan gentil, por lo que en muy poco tiempo volvíme de tan frágil y débil condición, que a muchos amigos les desagradaba verme, y muchos, llenos de envidia, procuraban saber de mí todo aquello que yo quería ocultar a los otros. Y yo, advirtiendo el pérfido interrogatorio a que me sometían, por la voluntad de Amor, que me ordenaba según el consejo de la razón, les respondía que Amor era quien de tal manera me había gobernado. Hablaba de Amor, puesto que yo llevaba en el rostro tantas de sus señales, que no se podía esconder. Y cuando me preguntaban: «¿Por quién te ha destruido así Amor?», yo los miraba con una sonrisa, y nada les decía.

V. Sucedió un día que esta dama tan noble se encontraba en un lugar donde se oían palabras referentes a la Reina de la Gloria, y yo estaba en un sitio desde el que se contemplaba mi dicha, y entre ella y yo, en línea recta, se sentaba una noble dama de muy agradable aspecto, que me miraba muchas veces, sorprendiéndose de mi mirar, que parecía terminar en ella. Por lo que muchos advirtieron su mirada; y tanto se fijaron en ello, que, al irme de este lugar, oía que decían detrás de mí: «Ved cómo esa dama destruye el alma de éste»; y cuando la nombraron, entendí que se referían a la que había estado en medio de la línea recta que comenzaba en

NOTAS:

la gentilísima Beatriz y terminaba en mis ojos. Entonces me alivié mucho, tranquilizado porque mi secreto no había sido descubierto aquel día a causa de mi mirada. Inmediatamente pensé en hacer de esta noble dama celada de la verdad; y tanto hice ver en poco tiempo, que la mayoría de las personas que hablaban de mí creían conocer mi secreto. Con esta dama me encubrí algunos años y meses; y para que los otros lo creyesen más, hice para ella ciertas cosillas en rima, que no es mi intención transcribir aquí, sino en cuanto traten de la gentilísima Beatriz; por ello las dejaré todas a un lado, salvo alguna de ellas que escribiré porque en alabanza suya.

VI. Digo que en el tiempo en que esta dama era celada de tanto amor cuanto por mi parte sentían, tuve un gran deseo de recordar el nombre de aquella gentilísima y de de acompañarlo de muchos otros nombres de mujeres, pero en especial del nombre de esta gentil dama. Y tomé los nombres de las sesenta damas más bellas de la ciudad donde el Altísimo había dispuesto que naciera mi dama, y compuse una epístola en forma de serventesio, que no reproduciré aquí y que no habría mencionado si no fuera para decir aquello que, cuando la componía, maravillosamente sucedió, esto es, que en ningún otro número consentía estar el nombre de mi dama, entre los nombres de estas mujeres, sino en el nueve.

Dante Alighieri, *La vida nueva* (Enrico Fenzi, Julio Martínez Mesanza y Juan Ramón Masoliver, eds.), Madrid, Siruela, 2004, págs. 41-43.

NOTAS:

Texto III

El *liber naturae*

Paradiso XXXIII, vv. 79-90

Y esto, recuerdo, me hizo más osado
sosteniéndola, tanto que junté
con el valor infinito de mi vista.

¡Oh gracia tan copiosa, que me dio
valor para mirar la luz eterna,
tanto como la vista consentía!

En su profundidad vi que se ahonda,
atado con amor en un volumen,
lo que en el mundo se desencuaderna:
sustancias y accidentes casi atados
junto a sus cualidades, de tal modo
que es sólo débil luz esto que digo.

Dante Alighieri, *Divina comedia* (Giorgio Petrocchi y Luis Martínez de Merlo,
eds.), 10ª ed., Madrid, Cátedra, 2006, pág. 739.

NOTAS:

Texto IV

El mundo aristotélico de Dante

Paradiso I, vv. 100-142

Y ella, tras suspirar piadosamente,
me dirigió la visa con el gesto
que a un hijo enfermo dirige su madre,
y dijo: «Existe un orden entre todas
las cosas, y esto es causa de que sea
a Dios el universo semejante.

Aquí las nobles almas ven la huella
del eterno saber, y éste es la meta
a la cual esa norma se dispone.

Al orden que te he dicho tiende toda
naturaleza, de diversos modos,
de su principio más o menos cerca;
y a puertos diferentes se dirigen
por el gran mar del ser, y a cada una
les fue dado un instinto que las guía.

Éste condice al fuego hacia la luna;
y mueve los mortales corazones;
y ata en una las partes de la tierra;

NOTAS:

y no sólo a los seres que carecen
de razón lanza flechas este arco,
también a aquellas que quieren y piensan.

La Providencia, que ha dispuesto todo,
con su luz pone en calma siempre al cielo,
en el cual gira aquel que va más raudo;

ahora hacia allí, como a un sitio ordenado,
nos lleva la virtud de aquella cuerda
que en feliz blanco su disparo clava.

Cierto es que, cual la forma no se pliega
a menudo a la idea del artista,
pues la materia es sorda a responderle,

así de este camino se separa
a veces la criatura, porque puede
torcer, así impulsada, hacia otra parte;

y cual fuego que cae desde una nube,
así el primer impulso, que desvían
falsos placeres, la abate por tierra.

Más no debe admirarte, si bien juzgo,
tu subida, que un río que bajara
de la cumbre del monte a la llanura.

Asombroso sería en ti, si a salvo

NOTAS:

de impedimento, abajo te sentadas,
como en el fuero el aquietarse en tierra.»
Volvió su rostro entonces hacia el cielo.

Dante Alighieri, *Divina comedia* (Giorgio Petrocchi y Luis Martínez de Merlo,
eds.), 10ª ed., Madrid, Cátedra, 2006, págs. 522-523.

NOTAS:

Texto V*

Las puertas del *Infierno*

Inferno III, vv. 1-21

POR MÍ SE VA HASTA LA CIUDAD DOLIENTE,
POR MÍ SE VA AL ETERNO SUFRIMIENTO,
POR MÍ SE VA A LA GENTE CONDENADA.

LA JUSTICIA MOVIÓ A MI ALTO ARQUITECTO.
HÍZOME LA DIVINA POTESTAD,
EL SABER SUMO Y EL AMOR PRIMERO.

ANTES DE MÍ NO FUE COSA CREADA
SINO LO ETERNO Y DURO ETERNAMENTE,
DEJAD, LOS QUE AQUÍ ENTRÁIS, TODA
[ESPERANZA.

Estas palabras de color oscuro
vi escritas en lo alto de una puerta;
y yo: «Maestro, es grave su sentido.»

Y, cual persona cauta, él me repuso:
«Debes aquí dejar todo recelo;
debes dar muerte aquí a tu cobardía.

Hemos llegado al sitio que te he dicho
en que verás las gentes doloridas,
que perdieron el bien del intelecto.»

NOTAS:

Luego tomó mi mano con la suya
con gesto alegre, que me confortó,
y en las cosas secretas me introdujo.

Dante Alighieri, *Divina comedia* (Giorgio Petrocchi y Luis Martínez de Merlo,
eds.), 10ª ed., Madrid, Cátedra, 2006, pág. 90.

NOTAS:

Texto VI*

Paolo y Francesca

Inferno V, vv. 73-142

Yo comencé: «Poeta, muy gustoso
hablaría a esos dos que vienen juntos
y parecen al viento tan ligeros.»

Y él a mí: «Los verás cuando ya estén
más cerca de nosotros; si les ruegas
en nombre de su amor, ellos vendrán.»

Tan pronto como el viento allí los trajo
alcé la voz: «Oh almas afanadas,
hablad, si no os lo impiden, con nosotros.»

Tal palomas llamadas del deseo,
al dulce nido con el ala alzada,
van por el viento del querer llevadas,
ambos dejaron el grupo de Dido
y en el aire malsano se acercaron,
tan fuerte fue mi grito afectuoso:
«Oh criatura graciosa y compasiva
que nos visitas por el aire perso

NOTAS:

a nosotras que el mundo ensangrentamos;
si el Rey del Mundo fuese nuestro amigo
rogaríamos de él tu salvación,
ya que te apiada nuestro mal perverso.

De lo que oír o lo que hablar os guste,
nosotros oiremos y hablaremos
mientras que el viento, como ahora, calle.

La tierra en que nací está situada
en la Marina donde el Po desciende
y con sus afluentes se reúne.

Amor, que al noble corazón se agarra,
a éste prendió de la bella persona
que me quitaron; aún me ofende el modo.

Amor, que a todo amado a amar le obliga,
prendió por éste en mí pasión tan fuerte
que, como vez, aún no me abandona.

El Amor nos condujo a morir juntos,
y a aquel que nos mató Caína espera.»
Estas palabras ellos nos dijeron.

Cuando escuché a las almas doloridas
bajé el rostro y tan bajo lo tenía,
que el poeta me dijo al fin: «¿Qué piensas?»

NOTAS:

Al responderle comencé: «Qué pena,
cuánto dulce pensar, cuanto deseo,
a éstos condujo a paso tan dañoso.»

Después me volví a ellos y les dije,
y comencé: «Francesca, tus pesares
llorar me hacen triste y compasivo;

dime, en la edad de los dulces suspiros
¿cómo o por qué el Amor os concedió
que conocieses tan turbios deseos?»

Y repuso: «Ningún dolor más grande
que el de acordarse del tiempo dichoso
en la desgracia; y tu guía lo sabe.

Mas si saber la primera raíz
de nuestro amor deseas de tal modo,
hablaré como aquel que llorar y habla:

Leíamos un día por deleite,
cómo hería el amor a Lanzarote;
solos los dos y sin recelo alguno.

Muchas veces los ojos suspendieron
la lectura, y el rostro emblanquecía,
pero tan sólo nos venció un pasaje.

Al leer que la risa deseada

NOTAS:

era besada por tan grande amante,
éste, que de mí nunca ha de apartarse,
 la boca me besó, todo él temblando.
Galeotto fue el libro y quien lo hizo;
no seguimos leyendo ya ese día.»
 Y mientras un espíritu así hablaba,
lloraba el otro, tal que de piedad
desfallecí como si me muriese;
y caí como un cuerpo muerto cae.

Dante Alighieri, *Divina comedia* (Giorgio Petrocchi y Luis Martínez de Merlo, eds.), 10ª ed., Madrid, Cátedra, 2006, págs. 105-109.

NOTAS:

Texto VII

La herida de amor en Petrarca

Soneto III

Era el día en que al sol se le nublaron
por la piedad de su hacedor los rayos,
cuando fui prisionero sin guardarme,
pues me ataron, señora, vuestros ojos.

No creí fuera tiempo de reparos,
contra golpes de amor, por ello andaba
seguro y sin sospecha; así mis penas
en el dolor común se originaron.

Hallóme Amor del todo desarmado,
con vía libre al pecho por los ojos,
que de llorar se han vuelto puerta y paso;
pero, a mi parecer, no puede honrarle
herirme en ese estado con el dardo,
y a vos armada el arco ni mostraros.

Francesco Petrarca, *Cancionero* (Jacobo Cortines. ed.), 4ª ed., Vol. I,
Madrid, Cátedra, 2004, pág. 135

NOTAS:

Texto VIII*

Sean benditos los escritos todos

Soneto LXI

Bendito sea el día, el mes, y el año,
y la estación, la hora, y el instante,
y el país, y el lugar donde fui preso
de los dos bellos ojos que me ataron;
y bendito el afán dulce primero
que al ser unido con Amor obtuve,
y el arco, y las saetas que me hirieron,
y las llagas que van hasta mi pecho.

Benditas cuantas voces esparciera
al pronunciar el nombre de mi dueño,
y el llanto, y los suspiros, y el deseo;
y sean benditos los escritos todos
con que fama le doy, y el pensar mío,
que pertenece a ella y no a otra alguna.

Francesco Petrarca, *Cancionero* (Jacobo Cortines. ed.), 4ª ed., Vol. I,
Madrid, Cátedra, 2004, pág. 289.

NOTAS:

Texto IX*

El «error» de Petrarca

Soneto CCCLXIV

Túvome Amor ardiendo veintiún años,
feliz y esperanzado entre las llamas;
y llorando otros diez desde que aquélla
al cielo fue llevándose mi pecho.

Cansado estoy ahora, y me arrepiento
de todos los errores que apagaron
de la virtud el germen, y te entrego,
oh mi Señor, aquello que me queda,
contrito por los años malgastados
que debieron gastarse en mejor uso,
en buscar paz y en rechazar afanes.

Señor que en esta cárcel me has metido,
ponme Tú a salvo del eterno daño:
reconozco mi error y no lo excuso.

Francesco Petrarca, *Cancionero* (Jacobo Cortines. ed.), 4ª ed.,
Vol. II, Madrid, Cátedra, 2004, pág. 1025.

NOTAS:

Texto X*

El aura

Soneto CCXLVI

El aura que el laurel y el áureo pelo
suavemente suspirando mueve
hace que sean con su amable aspecto
las almas peregrinas de los cuerpos.

Blanca rosa nacida en dura espina,
¿cuándo será que el mundo encuentre otra,
gloria de nuestra edad? Te pido, oh Jove,
que mi final al suyo le preceda.

de tal modo que no vea el daño,
y sin su sol permanecer el mundo,
con estos ojos que otra luz no tienen;

ni el alma que no piensa en otra cosa,
ni los oídos que escuchar no saben
aquello que no sean sus palabras.

Francesco Petrarca, *Cancionero* (Jacobo Cortines. ed.), 4ª ed.,
Vol. II, Madrid, Cátedra, 2004, pág. 739.

NOTAS:

Texto XI Proemio del *Decamerón*

Fragmento

Humana cosa es tener compasión de los afligidos; y aunque les conviene a todos sentirla, se les exige especialmente a aquellos que en algún tiempo tuvieron menes de consuelo y lo encontraron en los demás; y si alguien hubo alguna vez necesitado de él o le fue grato o logró obtener sus beneficios, yo soy uno de esos. Porque desde mi temprana juventud hasta ahora, habiendo estado sobremanera encendido de elevadísimo y noble amor, acaso mucho más de lo que a mi baja condición parecía convenirle, aunque lo diga yo mismo, si bien quienes eran discretos y llegaron a saberlo me elogiasen y me tuviesen por ello en alta estima, no dejó de ser para mí grandísimo esfuerzo sufrido, no ciertamente por la crueldad de la amada, sino por el excesivo fuego que el desordenado apetito concibió en mi mente; el cual, como en ningún razonable límite me dejaba estar satisfecho, muchas veces me hacía sentir más dolor del que era necesario. En este dolor me procuraron entonces tanto alivio las gratas consideraciones de algún amigo y sus loables palabras que creo firmemente que gracias a ellas ha sido por lo que no he muerto. Mas según quiso Aquel que, siendo infinito, les dio a todas las cosas mundanas por ley inmutable el tener fin, mi amor, más ferviente que ningún otro y al que ninguna fuerza de voluntad ni de consejo ni de vergüenza evidente ni peligro que pudiera seguirle le había podido ni romper ni doblegar, por sí mismo

NOTAS:

con el paso del tiempo disminuyó de tal suerte que ahora sólo me ha dejado de sí en la memoria ese placer que suele ofrecer a quien, navegando, no penetra demasiado en sus más profundos piélagos; por lo que si antes resultaba doloroso, al despejarse todos sus afares, siento que se ha vuelto agradable.

Giovanni Boccaccio, *Decamerón* (María Hernández Esteban, ed.), 5ª ed.,
Madrid, Cátedra, 2005, págs. 109-110.

NOTAS:

Texto XII

Prólogo general a los *Cuentos de Canterbury*

Fragmento

Las suaves lluvias de abril han penetrado hasta lo más profundo de la sequía de marzo y empapado todos los vasos con la humedad suficiente para engendrar la flor; el delicado aliento de Céfito ha avivado en los bosques y campos los tiernos retoños y el joven sol ha recorrido la mitad de su camino en el signo de Aries; lasavecillas, que duermen toda la noche con los ojos abiertos, han comenzado a trinar, pues la Naturaleza les despierta los instintos. En esta época la gente siente el ansia de peregrinar, y los piadosos viajeros desean visitar tierras y distantes santuarios en países extranjeros; especialmente desde los lugares más recónditos de los condados ingleses llegan a Canterbury para visitar al bienaventurado y santo mártir que les ayudó cuando estaban enfermos.

Un día, por aquellas fechas del año, a la posada de «El Tabardo», de Southwark, en donde me alojaba dispuesto a emprender mi devota peregrinación a Canterbury, llegó al anochecer un grupo de 29 personas. Perteneían a diversos estamentos, se habían reunido por casualidad, e iban de camino hacia Canterbury.

Las habitaciones y establos eran cómodos y todos recibimos el cuidado más esmerado. En resumen, a la puesta de sol ya había conversado con todos ellos y me

NOTAS:

habían aceptado en el grupo. Aceptamos levantarnos pronto para emprender el viaje como les voy a contar.

Geoffrey Chaucer, *Cuentos de Canterbury* (Pedro Guardia Massó, ed.), 5ª ed., Madrid, Cátedra, 1999, págs. 67-68.

NOTAS: